

nador; pues así acaban ellos siempre. Principian por abofetearse con su tuteo ciudadano, para llegar á hacerse llamar señor conde. Un señor conde, tan grande como un templo, para los aporreadores de Setiembre. ¡ El filósofo Sieyès! ¡ Yo me hago la justicia de decir que jamas he hecho más caso de las filosofías de todos esos filósofos que de los anteojos del caricato de Tivoli! Un día vi á los senadores pasar por el muelle Malaquais, con sus mantos de terciopelo morado sembrados de abejas y sus sombreritos á la Enrique IV. ¡ Qué horribles estaban! Se me figuraban los monos de la corte del tigre. Ciudadanos, yo os declaro que vuestro progreso es una locura, que vuestra humanidad es un sueño, que vuestra revolucion es un crimen, que vuestra república es un monstruo, que vuestra jóven Francia doncella sale del lupanar, y yo os lo sostengo á todos, quienesquiera que fuereis, bien seáis publicistas, bien seáis economistas, ó ya fueseis legistas, y áun cuando fuerais más concedores en libertad, en igualdad y en fraternidad que la cuchilla de la guillotina! Sí, mis buenas gentes, ¡yo os digo esto y os lo repito una y mil veces!

— Pardiez, gritó el teniente, eso sí que es admirablemente cierto.

El señor Gillenormand interrumpió un gesto que habia empezado, se volvió, miró fijamente y arrugando el entrecejo al lancero Theódulo y le dijo :

— Usted es un tonto.

LIBRO SEXTO

LA CONJUNCION

DE DOS ESTRELLAS

I

EL APODO: MODO DE FORMAR NOMBRES DE FAMILIA

En aquella época era Marius un gallardo jóven de mediana estatura, con el cabello espeso y muy negro, frente espaciosa é inteligente, las fosas nasales abiertas y apasionadas, un ademan sincero y tranquilo, y en todo su rostro un no sé qué de altivo, meditabundo é inocente. Su perfil, cuyas líneas eran todas redondeadas sin dejar de ser firmes, tenia esa dulzura germánica que ha penetrado en la fisonomía francesa por la Alsacia y la Lorena, y aquella ausencia completa de ángulos que tanto daba á conocer á los Si-

ambros entre los Romanos, y que distingue á la raza leonina de la raza aguileña. Hallábase en esa estacion de la vida en que el espíritu de los hombres que piensan se compone, casi en proporciones iguales, de profundidad y de ingenuidad. Dada una situacion grave, tenia él todo lo necesario para ser estúpido; una vuelta más á la llave, y podía ser sublime. Sus maneras eran reservadas, frias, urbanas, delicadas, poco abiertas. Como su boca era preciosa, sus labios bermejos y sus dientes de nevada blancura, su sonrisa corregia el aspecto severo que aquella fisonomía presentaba. En ciertos momentos, ofrecian un singular contraste aquella frente casta y aquella sonrisa voluptuosa. Tenia los ojos pequeños y la mirada grande.

En los tiempos de su peor miseria, notaba él que las jovencitas se volvian para mirarle cuando pasaba, y procuraba equivarse ú ocultarse, con la muerte en el alma. Creia que le miraban á causa de sus vestidos viejos, y que se reian de él; pero el hecho es que le miraban por su gracia y que pensaban mucho en aquel jóven.

Tal equivocacion, esta mala inteligencia muda entre él y las lindas transeuntes, habia concluido por hacerle hurraño. No escogió á ninguna, por la excelente razon de que huia de todas. Y así vivió indefinidamente, — neciamente, decia Courfeyrac.

Courfeyrac le decia tambien : — No aspire á ser venerable (pues se tuteaban; deslizarse al tuteo es siempre la pendiente de las amistades jóvenes). Querido, voy á darte un consejo. No leas tantos libros y mira algo más á las muchachas. Desengáñate, Marius, hasta las más picarunas, tienen ellas siempre algo bueno! Á fuerza de huir y de esquivarte y esconderte y ponerte colorado, acabarás por embrutecerte completamente.

Otras veces, al encontrarle, solia decirle Courfeyrac : — Buenos dias, señor abate.

En las ocasiones en que Courfeyrac le habia tenido este lenguaje, pasaba Marius ocho dias evitando más que nunca la presencia de las mujeres, jóvenes ó viejas, y evitando sobre todo y más que todo el ver á Courfeyrac.

Habia sin embargo en toda la inmensa creacion dos mujeres de quienes Marius no huia nunca, y contra las cuales no tomaba él jamas la menor precaucion. Es verdad que se habria admirado mucho si álguien le habiera dicho que aquellas eran mujeres. Una de ellas era la vieja barbuda que barria su cuarto y que hacia decir á Courfeyrac : — Como ve que su criada lleva barba, Marius no quiere llevar la suya. La otra era una especie de niña á quien él veia con mucha frecuencia y á quien no miraba jamas.

Hacia ya más de un año que Marius notaba, en una calle de árboles desierta del Luxemburgo, la calle que cubria el parapeto de la Pépinière¹, un hombre y una jovencita bastante niña aún, casi siempre sentados uno junto al otro en el mismo banco, en la extremidad más solitaria de aquella avenida, por el lado de la calle del Oeste. Cada vez que esa casualidad, que se mezcla ó parece intervenir en los paseos de las gentes cuyas miradas se dirigen al interior, conducia á Marius á aquella avenida, y esto sucedia casi diariamente, encontraba allí sin falta aquella pareja. El hombre podría tener como unos sesenta años; parecia muy formal y aún triste; ofreciendo toda su persona ese aspecto robusto y fatigado de las gentes de guerra retiradas del servicio. Si hubiera llevado una condecoracion, Marius habria dicho : Es un antiguo oficial. Tenia trazas de ser bueno, pero inabordable, y jamas detenia él su mirada en la mirada de nadie. Llevaba un pantalon azul, una levita del mismo color y un sombrero de an-

¹ Vivero, almáciga ó plantel de árboles.

chas alas, todo siempre de aspecto nuevo, una corbata negra y una camisa de cuácaro, es decir, blanca como la nieve, pero de hilo grueso. Una griseta que pasaba un día junto á él, dijo : — Hé ahí un viudo muy aseado. El pelo era enteramente blanco.

La primera vez que la jovencita que le acompañaba vino á sentarse con él en el banco que parecían haber adoptado, representaba ser una niña como de trece á catorce años, flaca, en términos que casi aparecía fea, desgarbada, insignificante, y que sin embargo prometía tener unos ojos bastante hermosos. Sólo que casi siempre estaban levantados, con una especie de fijeza ó de aplomo desapacible. Llevaba ese traje, viejo é infantil á la vez, propio de las pensionistas de convento ; un vestido mal cortado de merino negro ordinario. Tenían trazas de ser padre é hija.

Durante dos ó tres días examinó Marius á aquel hombre anciano que todavía no era un viejo, y á aquella niña que aún no era una jóven, y después, ya no hizo caso de ellos. Á su vez ellos parecía que no le veían á él siquiera. Hablaban entre sí los dos, con ademán tranquilo é indiferente. La hija charlaba sin cesar y con bastante jovialidad. El anciano hablaba poco, y de vez en cuando fijaba en ella sus ojos llenos de una inefable paternidad.

Marius había adquirido la costumbre maquinal de ir á pasearse por aquella avenida é invariablemente los hallaba siempre allí.

Hé aquí lo que sucedía.

Marius llegaba ordinariamente por la extremidad de la avenida opuesta á la en que se hallaba el banco en el cual estaban ellos sentados; iba paseando por toda aquella larga calle, pasaba delante de ellos, y después volvía á pasear hácia la extremidad por donde había entrado en la avenida, donde recomenzaba su paseo. Cinco ó seis veces hacía este va-y-ven paseándose en aquella calle de

árboles, y cinco ó seis veces repetía cada semana este mismo paseo, sin que jamás hubieran llegado, aquellas gentes y él, á cambiarse un saludo. Aquel anciano y aquella niña, bien que ellos pareciesen evitar las miradas, ó tal vez por lo mismo que parecían esquivar las miradas, habían naturalmente despertado un poco la atención de los cinco ó seis estudiantes que se paseaban de vez en cuando á lo largo del parapeto de la Pépinière; los estudiosos después de salir del curso, los otros después de concluir su partida de billar. Courfeyrac, que era de estos últimos, los había observado algún tiempo, pero hallando á la niña fea, se había alejado de ellos muy de prisa y con el mayor cuidado. Había huido como un Parto lanzándoles, por flechas, á cada uno un apodo. Impresionado únicamente del vestido de la niña y del pelo del anciano, halló oportuno llamar á la hija la *señorita Lanoire*¹ y al padre *el señor Leblanc*²; en términos que como nadie los conocía bajo sus verdaderos nombres, á falta de estos, el apodo llegó á hacer ley. Los estudiantes decían : — ¡Ah! el señor Leblanc está en su banco! y á imitación de los otros, Marius había hallado cómodo el llamar á aquel anciano desconocido el señor Leblanc.

Nosotros también haremos como ellos, y diremos el señor Leblanc para la facilidad de este relato.

Marius los vió de esta manera casi todos los días á la misma hora durante el primer año. Al hombre le encontraba él muy de su agrado, pero á su hija sin maldita la gracia.

¹ *La noire* (la negra).

² *Le blanc* (el blanco).

El segundo año, precisamente en el punto crítico de esta historia adonde ha llegado el lector, avino una interrupción en esta costumbre de ir á pasear al Luxemburgo, sin que el mismo Marius supiese siquiera por qué; pasándose cerca de seis meses sin poner los piés en su avenida. Por último, llegó un día en que volvió por allí; era una mañana de verano, apacible y serena, y Marius estaba alegre como se suele estar cuando hace buen tiempo. Parecíale que tenía en el corazón todos los cantos de las aves que él oía y todos los pedazos de cielo azul que veía por entre las hojas de los árboles.

Encaminóse pues derecho hácia « su avenida, » y cuando se halló en la extremidad de ella, vió, siempre en el mismo banco, á la consabida pareja. Sólo que, al acercarse á ellos, notó que aquel era en efecto el mismo

hombre; pero le pareció que la niña no era la misma. La criatura á quien él veía ahora era una jóven alta y hermosa, que tenía todas las formas más bellas y encantadoras de la mujer en el momento preciso en que ellas se combinan aún con todas las gracias más candorosas de la infancia; momento fugaz y puro que sólo puede expresarse con estas dos palabras: quince años. Era un admirable cabello castaño matizado de venas doradas, una frente que parecía hecha de mármol, unas mejillas que se diría ser cada una una hoja de rosa, un encarnado pálido, una blancura conmovida, una boca delicada, de la cual salía la sonrisa como una claridad y la palabra como una música, una cabeza que Rafael habría dado á María, colocada sobre un cuello que Juan Goujon habría dado á Vénus. Y para que nada faltase á esta deliciosa figura, la nariz no era bonita, sino graciosa; ni recta ni encorvada, ni italiana ni griega; era la nariz parisiense; es decir, una nariz picaresca y seductora, fina, irregular, pura, que desespera á los pintores y encanta á los poetas.

Al pasar junto á ella, Marius no pudo ver sus ojos, porque los tenía constantemente bajos; y sólo vió sus largas pestañas inundadas de sombra y de pudor.

No impedía esto sin embargo á la hermosa niña el sonreír al escuchar al hombre de los cabellos canos que la estaba hablando, y nada era tan hechicero como aquella fresca sonrisa con los ojos bajos.

En el primer momento, Marius creyó que era otra hija del mismo hombre, sin duda alguna hermana de la primera. Mas cuando la invariable costumbre del paseo le condujo por segunda vez cerca del banco, y la hubo examinado con atención, reconoció al fin que era la misma. En seis meses, la niña se había transformado en una jovencita: hé ahí lo que había sucedido. Nada más frecuente que este fenómeno. Hay un instante en que las niñas se

desarrollan en un abrir y cerrar de ojos, convirtiéndose de repente en rosas las que no há mucho eran pimpollos. Ayer las dejasteis niñas, y hoy las encontráis ya capaces de quitaros el sueño.

Esta no sólo había crecido, sino que se había idealizado. Como tres días de Abril bastan á ciertos árboles, para cubrirse de flores, seis meses habían bastado á aquella criatura para revestirse de belleza. Había llegado para ella también su mes de Abril.

Á veces suele verse á ciertas gentes que, de pobres y miserables que eran, parecen despertar, pasan repentinamente de la indigencia al fausto, hacen gastos de toda especie, y de un golpe se presentan brillando, pródigas y munificas. Esto consiste en la adquisicion de alguna renta. Es que ayer tal vez venció un plazo. La jovencita había recibido la renta de su semestre.

Y además, ya no era aquella la antigua pensionista con su sombrero de felpa, su vestido de merino, sus zapatos de escolar y sus manos encarnadas; con la belleza, había ella adquirido el buen gusto; era una jóven muy bien puesta, con cierta elegancia sencilla y rica y sin afectación. Tenía un vestido de damasco negro, con una esclavina de la misma tela y un sombrero de gasa blanca. Sus guantes blancos mostraban la finura de su mano que jugaba con el puño de una sombrilla chinesca de marfil, y sus botitas de seda marcaban la pequeñez de su pié. Cuando se pasaba junto á ella, todo su traje exhalaba un grato perfume de juventud que penetraba el alma y los sentidos.

Por lo que hace al hombre, siempre era el mismo.

La segunda vez que Marius llegó junto á ella, la jóven levantó los párpados, mostrando sus ojos que eran de un azul celeste y profundo, pero en aquel azul velado no se descubría aún otra cosa que la mirada de una niña. Miró

á Marius con indiferencia, como habría mirado al primer rorro de los que allí corren bajo los sicomoros, ó al jarrón de mármol que cubría de sombra su banco; y Marius por su parte continuó paseando con el pensamiento ocupado en otra cosa.

Pasó aún otras cuatro ó cinco veces junto al banco donde estaba la jovencita, pero sin volver siquiera los ojos hácia ella.

Siguió viniendo, como ántes, los días siguientes al Luxembourg, y como de ordinario halló siempre en el mismo sitio « al padre y á la hija, » pero no fijó ya nunca en ellos su atención. No pensó más en aquella muchacha cuando fué hermosa de lo que pensaba cuando era fea. Pasaba muy cerca del banco donde ella se encontraba, porque tal era su costumbre.

III

EFEECTO DE PRIMAVERA

Una día que el aire estaba tibio, el Luxemburgo inundado de sombra y de sol, puro el cielo como si los ángeles le hubieran lavado por la mañana, y en que los gorriones lanzaban sus acentos amorosos desde las profundidades de los castaños, Marius había abierto toda su alma á la naturaleza, no pensaba en nada, vivía y respiraba; pasó junto á aquel banco, la jóven levantó los ojos hácia él, y se encontraron ambas miradas.

¿Qué es lo que había esta vez en la mirada de la jóven? Marius no habría podido decirlo. No había nada, y había todo. Fué aquello como un extraño relámpago.

Bajó ella los ojos y él continuó su camino.

Lo que acababa él de ver, no eran los ojos ingenuos y sencillos de una niña, era un abismo misterioso que se

había entreabierto, volviéndose á cerrar en seguida bruscamente.

Hay un día en que toda jóven mira de esa manera. ¡Desgraciado el que encuentre su mirada con la suya!

Esta primera mirada de un alma que aún no se conoce á sí misma es como el alba en el cielo. Es el despertamiento de cierta cosa radiante y desconocida. Nada puede dar una idea del peligroso encanto de ese resplandor inesperado que de súbito ilumina vagamente adorables tinieblas, y que se compone de toda la inocencia del presente y de toda la pasión del porvenir. Es una especie de ternura indecisa que se revela á la ventura y que espera. Es un lazo que la inocencia tiende sin apercibirse de ello, y en el cual cautiva á los corazones, sin quererlo y sin saberlo ella siquiera. Es una virgen que mira como una mujer.

Muy raro es que en el sitio en que esa mirada cae no nazca un delirio profundo. Todas las purezas y todos los candores se encuentran en ese rayo celeste y fatal que, más que las miradas mejor dirigidas y combinadas de las coquetas, tiene el poder mágico de hacer brotar súbitamente del fondo de un alma esa flor sombría, llena de perfumes y de venenos, que se llama el amor.

Aquella noche, al entrar en su chiribitil, Marius fijó los ojos en su traje, y se apercibió por primera vez de que él era asaz abandonado, desaliñado, sucio y tenía la inaudita estupidez de presentarse en el paseo del Luxemburgo con sus ropas « de todos los días », es decir, con un sombrero abollado y raído, unas botas ordinarias y usadas, un pantalón negro que blanqueaba en las rodillas, y un frac negro bastante pálido en los codos

mano á un niño de cinco años y le decía: — Evita los excesos, hijo mio, procura mantenerte á igual distancia del despotismo y de la anarquía. Marius escuchó á aquel bourgeois. Despues volvió á dar una segunda vuelta al rededor del estanque. Por último, se decidió á encaminarse desde allí hácia « su avenida », despacio, y como si fuera contra su voluntad. Diríase que se hallaba á la vez forzado é impedido de ir á aquel sitio. No podía darse ninguna explicacion de todo aquello, creyendo hacer lo mismo que los demas días. Al desembocar en la avenida, distinguió al instante en el extremo opuesto, sentados « en su banco » al señor Leblanc y á la jovencita. Se abotonó el frac hasta arriba, procuró adaptarle y extenderle sobre su torso á fin de que no hiciera arrugas, examinó con cierta complacencia los lustrosos reflejos de su pantalon, y marchó hácia el banco. En esta marcha habia una especie de ataque, y sin la menor duda, un impremeditado arranque de conquista. Digo, pues, que marchó hácia el banco, como diría: Annibal marchó sobre Roma.

Por lo demas, nada habia en sus movimientos que no fuera maquinal, sin que hubiera él interrumpido, de ninguna manera, las habituales preocupaciones de su espíritu y de sus tareas. En este momento pensaba él que el *Manual del Bachiller* era un libro estúpido, y que era preciso que hubiera sido redactado por algunos majaderos, para que se analizase en él como obras maestras del espíritu humano tres tragedias de Racine, y solamente una comedia de Molière. Sentia resonar como un silbido agudo en sus oídos. Á medida que se iba aproximando al banco, deshacia las arrugas de su frac mientras que sus ojos se fijaban en la jovencita. Parecíale que ella llenaba toda la extremidad de aquella avenida de un vago resplandor azul.

Cuando ya se acercaba á aquel sitio, su paso se hacia cada vez más lento. Llegado á cierta distancia del banco,

IV

PRINCIPIO DE UNA GRANDE ENFERMEDAD

Al día siguiente, y á la hora de costumbre, Marius sacó del guardaropa su frac nuevo, su pantalon nuevo, su sombrero nuevo y sus botas nuevas; revistióse de toda esta panoplia completa, se caló sus guantes, lujo prodigioso para él, y se dirigió al Luxemburgo.

En el camino encontró á Courfeyrac, pero fingió que no le veía. Courfeyrac dijo á sus amigos al entrar en casa:

— Acabo de ver el sombrero nuevo y el frac nuevo de Marius, y á Marius dentro de ellos. Sin duda va á sufrir algun exámen. Llevaba trazas de un tonto de capirote.

Llegado al Luxemburgo, Marius dió vuelta al estanque y se puso á considerar los cisnes; en seguida permaneció largo tiempo en contemplacion ante una estatua que tenia la cabeza enteramente negra por estar cubierta de mohos, y á la cual faltaba una cadera. Junto al estanque se hallaba un *bourgeois* cuadragenario y ventruado que tenia de la

mucho ántes aún de hallarse en aquel extremo de la avenida, se detuvo, y ni el mismo pudo saber cómo sucedió que volvió á caminar hácia atrás. Ni siquiera se explicó él ni aún supo nunca cómo y por qué fué el no llegar hasta el fin. Apenas pudo la jóven distinguirle de lejos, y notar el buen porte que tenía con sus vestidos nuevos. Sin embargo, se mantenía muy derecho, á fin de presentar buena figura en el caso en que le mirase álguien que se hallara detras de él.

Llegó al otro extremo opuesto, y despues volvió, y esta vez ya se acercó algo más al banco. Avanzó hasta la distancia de tres intervalos de árboles; pero allí experimentó no sé qué especie de imposibilidad de pasar más adelante, y vaciló. Había creído ver el rostro de la jóven volverse hácia él. Sin embargo, hizo un esfuerzo viril y violento, dominó la hesitacion y continuó andando hácia adelante. Al cabo de algunos segundos, pasaba por frente del banco, teniéndose muy derecho y firme, encarnado hasta las orejas, sin atreverse á dirigir una mirada á derecha ni á izquierda, con la mano en la solapa del frac como un hombre de Estado. En el momento en que pasó — bajo el cañon de la plaza — experimentó violentos latidos de corazon. Tenía ella como la vispera su vestido de damasco y su sombrero de gasa. Oyó él una voz inefable que debía ser « su voz. » Se hallaba conversando tranquilamente. Estaba muy hermosa. Así se le figuraba á él, bien que no tratara de verla. — No podria ella ménos sin embargo, decia él para sus adentros, de tener cierto aprecio y cierta consideracion para conmigo, si supiera que yo soy el verdadero autor de la disertacion sobre Márcos Obregon de la Ronda que el señor Francisco de Neufchâteau ha colocado, como obra suya, al frente de su edicion de *Gil Blas!*

Pasó más allá del banco, fué hasta la extremidad de la avenida, que estaba ya muy próxima, y despues volvió so-

bre sus pasos y atravesó aún delante de la hermosa jóven. Esta vez estaba muy pálido. Por lo demas, nada experimentaba que no le fuera hartó desagradable. Se alejó del banco y de la jovencita, y miéntras que la volvía la espalda, figurábase que ella miraba, lo que le hacia tropezar.

Ya no trató más de acercarse al banco, sino que se detuvo hácia la mitad de la avenida, en donde, — cosa que él jamas solia hacer, — se sentó, lanzando algunas miradas de reojo, y pensando en las profundidades más indistintas de su espíritu, que, sobre todo, era difícil que las personas cuyo sombrero blanco y cuyo vestido negro admiraba él tanto, se mostrasen absolutamente insensibles á su frac nuevo y á su pantalon lustroso.

Al cabo de un cuarto de hora, se levantó, como si fuera á recomenzar su marcha hácia aquel banco que se hallaba circundado de una auréola. Sin embargo, permanecia de pié é inmóvil. Por primera vez despues de quince meses se dijo para sí que aquel buen señor que se sentaba allí todos los dias con su hija le habia observado sin duda por su parte y hallaba probablemente su asiduidad extraña.

Por la primera vez tambien sintió él alguna irreverencia en designar á aquel desconocido, áun en el secreto de su pensamiento, por medio del apodo del señor Leblanc.

Así permaneció durante algunos minutos con la cabeza baja y formando dibujos en la arena con una barita que llevaba en la mano.

En seguida volvióse bruscamente hácia el lado opuesto al banco, al señor Leblanc y á su hija, y se marchó á su casa.

Aquel dia se olvidó de ir á comer. Á las ocho de la noche se apercibió de ello, y como ya era demasiado tarde para bajar á la calle Saint-Jacques: ¡ Vaya! dijo, y comió un pedazo de pan.

No se acostó, sino despues de haber cepillado muy bien el frac y de haberle doblado con el mayor esmero.